

LIBROS

Juan Ramón Jiménez, en una nueva antología

La obra del poeta que naciera en Moguer (Huelva, 1881), que obtuviera la categoría de maestro indiscutible de la poesía española al iniciarse la generación de 1927, que caería en un olvido total e injustificado en su patria a partir de 1936 y que, por último, consiguiera el Premio Nobel en 1956, constituye uno de los legados poéticos más importantes del siglo XX. Poeta discutido, idolatrado y odiado alternativamente, siempre en la brecha poética, en el esfuerzo creacional, en la defensa a ultranza de sus postulados poéticos, la obra de Juan Ramón Jiménez se convierte hoy en una suma de difícil acceso, contradictoria y variada, en continua sucesión.

Ya con el modernismo, con el populatismo, con el neopopularismo y con la poesía pura, Juan Ramón Jiménez actuó con un amplio afán creador, imprimiendo a cada uno de estos estilos un auténtico cuño personal, una gran voluntad de purificación, que le convirtieron en un auténtico maestro, dando lugar a la frase «Jiménez, maestro de poetas y no solamente de discípulos».

Sin embargo, desde muy temprano dejó de tener seguidores incondicionales. Su constante movilidad de un estilo a otro le alejaron de la respetabilidad que da la continuidad. Por

otra parte, su actitud ante el centenario de Góngora, su enemistad personal con Guillén, su negativa a participar en la antología de Gerardo Diego en 1934, sus discordias con Neruda, su hipersensibilidad y, en el fondo, su discrepancia a toda la poesía «moderna» que el «27» quería introducir en España, le fueron llevando a un aislamiento total (1). Su exilio posterior, el auge de la poesía social que le excluyó de entre sus maestros desde su iniciación (salvo algunas brillantes excepciones), el desconocimiento de su obra producida lejos de su

la búsqueda de un nuevo lenguaje poético. Circunstancias todas ellas dolorosas y que hacen necesario e ineludible un nuevo acercamiento a su obra y una necesaria explicación de ella a las nuevas generaciones.

Dentro de esta línea de recuperación, de rehabilitación (porque, pese a su alto pedestal o quizá precisamente a causa de él, Juan Ramón debe ser rehabilitado) y explicación se encuentra el estudio que Aurora de Albornoz ha realizado, seguido de una no menos aclaratoria antología de su lírica (2).



patria, hicieron de su poesía un acontecimiento difícil e inactual, hasta el punto que al concedérselo el Premio Nobel en 1956, Juan Ramón Jiménez era un gran desconocido para los poetas jóvenes españoles, a los que no había podido ayudar en

(1) Como dato curioso y una prueba reciente de la actitud maníaca de Juan Ramón, el poeta de la generación del 27 Dámaso Alonso (según reseña de «El Excelsior» mexicano de 20 de junio de 1973 y en una conferencia en el Colegio Nacional) afirma «que el autor de «Platero y yo» no dejó títtere con cabeza mientras vivió, y él mismo se erigió como el más grande sobre la Tierra».

«Las siguientes páginas no pretenden ser una profunda investigación ni un detallado estudio de la vasta obra juanramoniana, sino algo así como una guía de lectura; una aproximación a la poesía de un poeta que escribió para una inmensa minoría», nos dice en las líneas iniciales de su introducción.

Partiendo, pues, para su planteamiento de la situación de la obra del poeta entre los españoles de hoy, Aurora de Albornoz nos va descu-

(2) Juan Ramón Jiménez: «Nueva antología». Estudio y selección de Aurora de Albornoz. Ediciones Península, Barcelona, 1973.

biendo las claves sutiles de su concepción poética, concebida como instinto más inteligencia. «Poeta de la sombra que aspira a la luz» ha sido llamado, en una trágica trayectoria que se inicia en jardines sombríos, iluminados acaso por rayo de luna; en paisajes velados por la oscuridad y la confusión y se cierra con el «sol, sol, sol» del poema «Espacio».

Y es en este difícil camino donde la palabra del crítico se nos hace imprescindible. Distingue en esta interminable sucesión poética una serie de etapas. Desde su «prehistoria y aprendizaje», decididamente modernistas, hasta su primera plenitud, conseguida con «Arias tristes» (1903), «Jardines lejanos» (1904) y «Pastorales» (1911), pasando por su constante preocupación de «crear» las cosas al nombrarlas («Creemos los nombres. Luego derivarán las cosas»). Viene luego la etapa de «Platero y yo» (1914), «Estío» (1916), «Sonetos espirituales» (1917) y «Diario de un poeta recién casado» (1917). ¡Extraordinario momento este de Juan Ramón! «Platero y yo» es su primer libro en prosa. De imposible calificativo formal, como libro de género literario desconocido, rompe con un ejemplar lenguaje poético los límites del verso. «Sonetos espirituales» fue un libro admirado por la crítica, pero el poeta, en los últimos años de su vida, no se mostraba muy partidario de él. En verdad, no creemos que pueda ser considerado como un buen sonetista.

En cambio, «Diario de un poeta recién casado» constituye un logro sin precedentes en la poesía española de aquellos años, o, para decirlo con palabras del propio poeta, el libro que «significa una renova-

ción total de mi poesía». «Lo creo mi mejor libro», comentaba a Ricardo Gullón en 1953.

La siguiente etapa, de 1918 a 1923, se destaca (siempre según la opinión del crítico) por una búsqueda de «la cosa misma por medio de la inteligencia creadora». De este momento son «Eternidades», «Belleza» y «Piedra y cielo».

En 1925 se inicia lo que Aurora de Albornoz llama «hacia una estación total». Los brevísimos poemas de las anteriores etapas han dado lugar al poema extenso. Se ha alargado también el verso, notándose una clara tendencia hacia el endecasílabo y el alejandrino.

En 1957 (han pasado los años de la guerra y largos de exilio) aparece la «Tercera antología poética» (1898-1953). Se incluyen en esta antología, además de una importante selección de su obra ya publicada, los poemas escritos en América a partir de 1936: «En el otro costado» (1936-1942), «Una colina meridiana» (1942-1950), «Dios deseado y deseante» (1949) y finalmente, «Ríos que se van» (1951-1953).

Al hablar de esta larga, importante y poco conocida etapa del poeta de Moguer, tenemos que hablar, nos dice Aurora de Albornoz, del poema «revivido», que ya no es el poema corregido de épocas anteriores. En sus últimos años, Juan Ramón hablaba de «revivir» la poesía escrita en un ayer lejano. Para recuperar un tiempo pasado, generalmente la infancia, no siempre es preciso crear un nuevo poema: la recreación puede llegar a ser una sorprendente creación. ¡Qué intuición genial del último Juan Ramón!

Estimo también que son necesarias unas pa-

labras sobre el poema «Espacio». Poema en prosa, sin párrafos, en su primera versión parcial apareció en verso libre. ¿Qué pudo hacer que el poeta alterara su composición? Quizá el viejo sueño juanramoniano de borrar las diferencias entre verso y prosa para lograr la creación de nuevas posibilidades expresivas.

Sean cuales fueran sus motivos, el poema «Espacio» consigue ser una admirable síntesis de toda la poesía de Juan Ramón y a la vez, muy posiblemente, una de las cimas de la poesía en lengua castellana de todos los tiempos. Publicado en la revista «Poesía Española» en 1954, e incluido en la «Tercera antología», el libro que comentamos nos permite poder leerlo en toda su integridad.

La antología lírica que sigue al estudio demuestra una vez más la cualidad de síntesis y abreviación de su autor. Escogiendo dentro de la obra, vasta y difícil, del poeta de Moguer los poemas menos conocidos, sobre todo a partir de la «Segunda antología», de 1922, se nos muestra una acertada visión de Juan Ramón Jiménez, que se inicia con los poemas de «Jardín cerrado»: «Qué quietas se están las cosas / y qué bien se está con ellas», y termina con la estrechecida afirmación del final de «Espacio»: «Ya te lo dije al principio: "Los dioses no tuvieron más sustancia de la que tengo yo"». ■ JOSE ESTEBAN.

El telespectador Vázquez Montalbán

Con «El libro gris de televisión española» (1)

(1) «El libro gris de televisión española», Manuel Vázquez Montalbán. Ediciones 99.

vuelve Vázquez Montalbán a su primer tema: la información. Antes que fabulador, poeta y cronista de una educación sentimental, es decir, antes de que su garra literaria fuera cayendo sobre cada uno de los diversos géneros, abordó el tema de la manipulación de la comunicación en un libro oportuno y eficaz: «Informe sobre la Información». Esta tesis era la reflexión de un periodista recién titulado que se planteaba conscientemente la práctica de su profesión. Resultaba ser también la formulación de una actitud crítica compartida por otros muchos profesionales, y llegaba oportunamente, porque no existía un estudio con este enfoque en la escasa bibliografía española sobre *mass media*. Por otra parte, la buena acogida que tuvo el libro (se agotó pronto la primera edición) demostraba que existía un público sensible al tema. Posteriormente no ha dejado M. V. M. de replantearse, desde nuevas perspectivas y según las circunstancias, los problemas de la comunicación. En estas mismas páginas de TRIUNFO han aparecido un buen número de trabajos, preferentemente dedicados a la TV.

V. M. ha criticado en alguna ocasión a los intelectuales que se niegan a ver televisión. Entiende que esto equivale desdeñar el conocimiento de uno de los resortes que configuran la mentalidad del hombre actual. En este sentido, la televisión es una realidad que actúa sobre la realidad. Es decir, para reconocer al hombre contemporáneo hay que empezar a reconocerle a través del lenguaje que se le administra.

Al realizar este informe, M. V. M. ha demostrado una vez más su

sentido de la oportunidad editorial, ya que, si existían estudios parciales sobre televisión, no contábamos con ninguna de las pretensiones de totalidad de éste. Aspectos técnicos, sociológicos, políticos, material documental, muestras de programación, se integran en este «libro gris». Después de situar la televisión como final de un proceso tecnológico y de describir sumariamente los diversos regímenes a que está sometida la TV en el mundo, pasa a analizar el que rige aquí. La perspectiva histórica, en que se sitúa gran parte del trabajo, efectivamente cumple el objetivo, que se propone el autor, de hacernos inteligible la televisión que hoy vemos y que tantas veces padecemos. En ocasiones recurre al testimonio de Pérez Calderón; a veces, a los textos del Plan de Desarrollo y, lógicamente, a la doctrina de los ministros correspondientes: Arias, Fraga (o su portavoz Elorriaga) y Sánchez Bella. Recoge un abundante material del Instituto de Opinión Pública: encuestas sobre la actitud del público, cuyos resultados «lee» y comenta. Analiza el desarrollo creciente de la publicidad y lo compara con el de otros países. Sobre la eficacia del mensaje publicitario concluye que en España aún no hemos llegado al grado de saturación que se da en otros países, Norteamérica, por ejemplo, donde se ha producido ya el fenómeno conocido por «desconexión mental».

El carácter estatal de la televisión en España ha determinado que éste haya sido el medio que más fielmente ha reflejado la ideología del régimen y que, consecuentemente, ha sido el que menos acusó el giro iniciado por Fraga. Así se

ñala M. V. M.: «Si el fraguismo pudo aportar un notable balance positivo en los capítulos prensa y editoriales, sus avances fueron mínimos en los medios audiovisuales».

Por fin, el informe se cierra con el análisis de algunos programas concretos. El lector reconocerá en este apéndice trabajos ya publicados en estas mismas páginas, tales como «El camp llega al pueblo», «La saga de los Forsytes», «Crónicas de un pueblo», o «Un, dos, tres...», responde otra

vez. La eficacia de esta parte, que consistía en añadir al estudio global del medio la crítica de un contenido concreto, se ha perdido en parte —a mi entender— por no haberse sabido subrayar tipográficamente o incluso con alguna aclaración previa, la intención de su inclusión. Defecto formal, digo, que se subsanará sin duda en una próxima edición, ya que es muy difícil que un libro de Vázquez no la tenga.

Todo este aporte documental que —huelga decirselo a nuestros lec-

tores— está siempre esmaltado con las ironías agresivas tan características de V. M., cobra un sentido inequívoco ya en la introducción. Hay un expreso sentimiento de impotencia en las palabras de Vázquez Montalbán al enfrentarse con el hecho de esta nueva miseria que de un modo especial padecemos en nuestro mundo neocapitalista: «Llegará un día, que ya está ahí, en que le bastará (al ciudadano) salir a la calle para captar un lenguaje que ningún *mass media* podrá manipular u ocultar: el lenguaje de los ríos podridos, del aire envenenado, de las fachadas obreras ennegrecidas... Y, entonces, se hará evidente la brujería de que ha sido víctima bajo el neocapitalismo... Pero tal vez sea inútil». ■

C. ALONSO DE LOS RIOS.

El alma y los griegos

Entre tantas publicaciones que no buscan más que lo fácilmente lucrativo, la moda apresuradamente asimilada o el trivial opúsculo «útil» o «introdutorio» —que suele disfrazar su cobardía conformista de modestia—, es estimulante ver cómo algunos editores se arriesgan de vez en cuando a publicar obras que por su categoría y su altura intelectual se salen de lo trillado, aunque quizá su éxito a nivel inmediatamente popular no sea tan vistoso como el de libros mucho más vulgares, pero más oportunistas. Digo esto en elogio de la edición en castellano de una de las obras capitales de la investigación helenística de todos los tiempos, la «Psiqué» (1), de Erwin Rohde, que en dos volú-

(1) «Psiqué», de Erwin Rohde, Col. Maldoror, Las Ediciones Liberales. Labor, S. A.

menes muy cuidados presenta la colección Maldoror de Las Ediciones Liberales (¡qué bonito nombre!). Se pone así al alcance del lector español una obra de investigación creadora de primera magnitud que, junto con otros grandes clásicos, como «El origen de la tragedia», de Nietzsche, o la «Paideia», de Werner Jaeger, conforman nuestra pasión por un pasado vivo que sigue necesariamente alimentando nuestros sueños y sustentando nuestros raciocinios.

La figura humana de Erwin Rohde tiene algo de entrañable para quienes hayan seguido con entusiasmo la correspondencia de Nietzsche, tan marcada por la amistad sincera del filólogo, incluso cuando la comprensión del pensamiento de Nietzsche se le hiciera difícil o repulsiva. ¡Qué solitario debió de estar el de Sils-Maria, cuando incluso compañeros tan amables como Rohde acumularon hasta ese punto objeciones o alarmas ante cada uno de los productos de su filosofía! La amistad entre ambos intelectuales data de muy antiguo; exactamente desde 1865, cuando los dos asistían a las clases de Friedrich Ritschl, otro nombre mítico en la historia de la filología. Su amistad tuvo un fuerte refrendo cuando el también discípulo de los dos anteriores, Ulrich von Wilamowitz, atacó con virulencia el «Origen de la tragedia» nietzscheano en su panfleto «Filología del futuro!»; gran erudito, pero antiimaginativo y dogmático, Wilamowitz no podía digerir la ingravidez de la interpretación helenista de Nietzsche, más interesado en desplegar un trágico fresco del alma humana y la cultura, motivado por Grecia, pero urgentemente válido para cualquier época, que en acumular de-

TRES I QUATRE: FESTA Y COCTELES

La librería valenciana Tres i Quatre, organizadora de los Premios Octubre (ver TRIUNFO núm. 578), cuya concesión se va configurando dentro del país valenciano como una auténtica «Festa de les Lletres», ha conocido una vez más un ataque con cócteles Molotov, con resultados como los que muestra la fotografía. Estos han sido los Premios Octubre de 1973: «Pais Perplex», de Josep Vicent Marqués, Premio de ensayo Joan Fuster; «Grills Esmolen Ganivets a trenç de por», de A. J. Navarro, Premio Vicent Andres Estelles de poesía; «Assaig, aproximació a falles folles fetes joc», de A. Amadeu Fabregat, Premio Andromina de narrativa.

